

—Adiós, Sebastián, adiós—dijo prontamente Julián.

Le acompañó hasta el descansillo de la escalera.

—¡Ah! ¿Cuándo consideras que yo hable á mi primo?—murmuró Sebastián.

—Pues sí, veremos. Yo pensaré—dijo Julián con indiferencia, como si el orgullo del trabajo le hubiese impedido pensar en lo que le decía.

Sebastián, bajando la escalera, pensó que no se le podía hablar de nada, más de pronto se le ocurrió una idea.—¡Si fuese á hablar con doña Felicidad! Era un poco tonta, pero era al cabo, mujer de edad y amiga íntima de Luisa; tenía más autoridad, más habilidad también para hablarla. Decidido, tomó un coche y fué á la calle de San Benito.

La criada de doña Felicidad, apareció desolada y lacrimosa.

—¿Pero no sabe usted lo que pasa?

—No.

—¡Ay! ¡Parece imposible!

—¿Pues qué ha ocurrido?

—La señora... una desgracia así... se la torció un pie en la Encarnación. Ha estado muy mala, muy mala. Aquí, en la Encarnación, no podía subir. Estaba con la señora doña Ana Silveira. ¡Una desgracia semejante! ¡Y está tan molesta!

—¿Y cuando fué?

—Anteayer por la noche.

Sebastián saltó al coche, mandó correr á casa de Luisa. Y doña Felicidad estaba enferma en la Encarnación. Pues entonces Luisa podía salir todos los días; iría á verla seguramente, á hacerla compañía. á hablar con ella. La vecindad, murmurando impíamente, cuando la pobre señora iba á ver á una enferma. Eran las dos, cuando el coche se detuvo á la

puerta de Luisa. Sebastián encontró á ésta que bajaba vestida de negro, con un velo que adornaba su rostro.

—¡Ah! ¡suba usted Sebastián! ¿Quiere usted subir?

—No, muchas gracias. Venía á decirle... ¿no sabe usted que doña Felicidad?...

—¿Qué?

—Se ha torcido un pié; está muy mala.

—¡Qué me dice, Sebastián!

Sebastián dió los pormenores.

—Debía usted ir.

—Voy allá.

—Yo no puedo ir, porque no permiten entrar hombres en la Encarnación. ¡Desventurada! Dicen que está muy mala.

Fué hasta la esquina de la calle. Y muchos recados. Dijola que sentía no poder verla. ¡Pobre señora!

Dirigióse hacia la Patriarcal. Estaban santificados aquellos paseos de todos los días. Iba á ser la enfermera de la pobre doña Felicidad. Era necesario que todos lo supiesen: Paula, la estanquera, Gertrudis, los Acevedos, todos; de modo que cuando la viesan salir dijeran:

—Va á hacer compañía á la enferma. ¡Pobre señora!

Paula estaba á la puerta de su tienda y Sebastián, con una idea súbita, se sintió maravillado de encontrarse tan hábil. Echó un poco hacia atrás el sombrero y señalando con el paraguas el cuadro que representaba á Juan VI:

—¿Cuánto quiere usted por este, señor Paula?

Paula quedó sorprendido.

—El señor Sebastián tiene gana de broma.

Sebastián exclamó:

— ¡Broma! Hablo en serio. Quería algunos cuadros

para el vestíbulo en Aimada, pero viejos sin brillo, que dijeran bien sobre aquel papel obscuro.

Disculpe, señor Sebastián.

—Este Juan VI me agrada. ¿Cuánto cuesta?

Paula, dijo sin dudar:

—Dos mil setecientos; pero es obra de maestro.

Era una tela que tenía facciones de rostro abermellado, con cabellera en tirabuzones que sobresalía vagamente sobre el fondo sombrío; un bermellón pálido indicaba el velludo de una casaca de corte, y el vientre, saliente y ostentoso, henchía un colete descolorido. La parte más conservada de la tela era el lado en que estaba representado un cojín con una corona real, que el artista trabajó con minuciosidad entusiasta, ó por preocupación de idiota ó por adulación de cortesano. Sebastián lo encontraba caro; pero Paula mostró el precio escrito por detrás en una tirita de papel. Explicó el mérito de la tela, indicó sus bellezas, habló de su honradez de comerciante, deprimió á otros bandoleros que tenían la conciencia en los talones; manifestó que el retrato había pertenecido á la casa de Queluz y que él lo había comprado en subasta pública. Sebastián, dijo:

—Pues bien mándemele á casa y envíe la cuenta.

—Lleva una obra rica.

Sebastián miraba en derredor. Quería hablar del pié torcido de doña Felicidad y procuraba una transición. Examinó unas jarras de Indias, un tabor y viendo una polaquina de enfermo:

—Esta sí que era buena para doña Felicidad - exclamó—buena y comodísima butaca.

Paula abrió mucho los ojos.

—¡Para doña Felicidad Moronha!—replicó Sebastián.—Para estar echada. ¿Pero no sabe usted, hombre, que se ha roto un pié y que ha estado y está muy mala?

—¿Doña Felicidad, la amiga de aquí? E indicó con el pulgar la casa del ingeniero.

—Sí, hombre, sí. Se dislocó un pié en la Encarnación y allí tuvo que quedarse de noche. Luisa va á hacerle compañía todos los días. Ahora ha ido hacia allá.

—¡Ah!—dijo Paula lentamente y después de una pausa.—Pues yo aún no hace ocho días que la he visto entrar aquí.

—Fué anteayer.

Tosió y añadió mirando con gran atención unos grabados:

—Por lo demás, doña Luisa iba todos los días á la Encarnación á ver á doña Ana Silveira que estuvo mala. La pobre lleva tres semanas con una vida de enfermera. No sale de la Encarnación y ahora, para remate de fiesta, doña Felicidad.

—Pues no sabía nada, absolutamente nada—murmuraba Paula con las manos en los bolsillos.

—Mándeme á caso este Juan VI.

—A sus órdenes, señor Sebastián.

Sebastián fué á su casa. Subió á la sala y echando el sombrero sobre el sofá:

—Bien—pensó.—Ahora al menos están salvadas las apariencias. Paseó un rato con la cabeza baja meditando, triste; haber conseguido por un acaso justificar aquellos paseos para con la vecindad, háciale más cruel la idea de no poderlos justificar consigo mismo. Los comentarios de los vecinos habían sido sin fundamento durante algún tiempo; pero ¿y los suyos? Quería hallarlos falsos, pueriles, injustos. Y contra su voluntad, su buen sentido y rectitud, estaba siempre enredándose. En fin, había hecho lo que había debido. Y con un gesto triste, hablando solo en el silencio de la sala, exclamó:

—Lo demás va con su conciencia.

Aquella misma tarde en la calle, sabíase ya que doña Felicidad se había torcido un pie en la Encarnación, otros decían que se había quebrado una pierna y que doña Luisa no salía de la cabecera. Y Paula declaraba con autoridad:

—Es muy buena muchacha, muy buena muchacha.

Gertrudis, la del doctor, fué por la noche á preguntar á la tía Juana, si era verdad lo de la pierna quebrada. La tía Juana enmendó: era un pié torcido, nada más. Gertrudis fué á decírselo al doctor, añadiendo que había ocurrido el lance en la Encarnación, donde estaba la enferma. En la calle todos la elogiaban. De allí á algunos días Teixeira de Acevedo que apenas saludaba á Luisa, habiéndola encontrado en la calle de San Roque, con una cortesía profunda la dijo:

—Disculpe señora. ¿Cómo va su enferma?

—Mejor, muchas gracias.

—Pues realmente, señora, es unâ gran caridad la que usted hace al ir todos los días á la Encarnación.

Luisa exclamó:

—No le falta compaña.

—Y de mucha caridad, señora—exclamó con énfasis Acevedo.—Lo he dicho por todas partes, es mucha caridad la de usted. A los piés de usted.

Y marchó conmovido.

*
**

Luisa fué luego, con efecto á ver á doña Felicidad. Tenía una luxación simple, y acostada en el cuarto de Silveira, con compresas de árnica, creía aterrorizada que perdería la pierna, y pasaba el día rodeada de amigas, llorando, saboreando albérchigos de *Recolimento* y mordisqueando acerolas. Apenas alguien entraba á verla, redoblaba las exclamaciones y quejas; venía luego la historia, menuda, accidentada y prolija de la desgracia.

Poco á poco sentía que decaía y se apoyaba para poder decir: "¡Ay, Nuestra Señora de la Salud! Esto ha sido un milagro. Podía haber muerto!

Todas las señoras convenían en que era un milagro; callaban compungidas é iban alternativamente á postrarse y pedir á los Santos celestiales, el alivio de Noronha.

La primera visita de Luisa fué muy grata para doña Felicidad porque se quejaba de estar en aquella cama, sin saber noticias, ni poder hablar de *el*. En los siguientes días apenas entraba en su cuarto Luisa, llamábala aparte á la cabecera del lecho y decía con murmullo misterioso:

—¿Le has visto? ¿Se sabe de *el*?

Su aflicción era que el Consejero no supiese que estaba mala y que no pudiera dedicarla aquellos pensamientos compasivos á que su pie tenía derecho y que serían un consuelo para su corazón, pero Luisa no lo había visto y doña Felicidad, volviendo á echarse, exhalaba agudos suspiros.

A las dos salía Luisa de la Encarnación é iba á tomar un carruaje en Rocío hasta la puerta del *Paraiso*. Apeábase en la calle de Santa Bárbara y haciéndose la menuda, pegada á las casas, apresurábase, con los ojos bajos y una vaga sonrisa de placer.

Basilio esperaba en mangas de camisa, y para no fastidiarse había traído al *Paraiso* una botella de cognac, azúcar y limones y con la puerta entreabierta, fumaba, haciendo grocs fríos.

Pasaba el tiempo, veía pasar las horas y sin querer iba escuchando y tomando nota de todos los ruidos íntimos de la familia de la propietaria, que vivía en los cuartos interiores... De vez en cuando la voz acatarrada de una criada que cantaba y de repente el ladrido furioso de una perrita. Basilio encontraba aquello cursi y se impacientaba, pero un *fru fru* de vestido sonaba en la escalera y las dudas de él, como los recelos de ella, desechábanse desde luego al calor de los primeros besos.

Luisa llegaba con prisa; quería estar en su casa á las cinco, porque ¡era tan tarde! Entraba un poco sudada y Basilio gustaba de la transpiración que exhalaban sus hombros desnudos y tan bien marcados. Preguntaba él:

—¿Cuándo viene?

—No nos hace falta,—respondía Luisa—ni he recibido carta ni sé nada.

Parecía ser aquello una preocupación de Basilio dentro de la egoísta alegría de la posesión reciente.

La prodigaba caricias extáticas, arrodillábase á los pies de ella y decía con añorada voz:

—Lili no quiere á Bibi.

Ella reía medio enfadada con risa alegre y franca.

Lili adora á Bibi. Quería saber si pensaba en ella y lo que había hecho la víspera.

Pues fui al casino, jugó al *rrobbers*, vino enseguida á casa y soñó con ella.

—Vivo por tí, amor mío, créeme.

Y colocaba la cabeza de ella en el pecho de él, como bajo una felicidad excesiva.

Otras veces, más en serio, la daba ciertos consejos de gusto en la *toilette*. Pedíala que no llevase postizos en el cabello y que no llevase botinas de elásticos.

Luisa admirábase de su experiencia en estas cosas, le obedecía, se amoldaba á sus ideas y afectaba para acomodarse á su gusto un desden por la gente virtuosa, para imitar así sus opiniones libertinas. Así, lentamente y viendo aquella docilidad, Basilio no se entregaba á la molestia de disimular; usaba de ella ¡cómo si la pagase!

Aconteció una mañana, escribirla dos palabras con lápiz, diciéndola que no iría al *Paraiso*, sin otras explicaciones. En otra ocasión no fué, sin avisarla y Luisa halló la puerta cerrada; llamó tímidamente, escuchó por la cerradura, esperó palpitante y se volvió muy desconsolada, quebrantada por el calor y con lágrimas en los ojos. No aceptaba la menor incomodidad ni para causarle una alegría. Luisa habíale pedido que fuese de vez en cuando á su casa á pasar la noche; irían Sebastián, el Consejero y doña Felicidad cuando estuviese mejor.

Era una alegría para ella y además daba á sus

relaciones un aire más íntimo y más legítimo, pero Basilio contestó:

—¡Qué! ¿Ir á cabecear de sueño con cuatro cotorras? Nunca.

—Pero se habla, se hace música.

—Gracias, conozco esa música de las *soirées* de Lisboa, el vals de Beijo y el *Trovador* ¡Quita!

Por dos ó tres veces habló de Jorge con desdén y aquello la ofendió altamente.

Cuando entraba en el *Paratso* ya no tenía la delicadeza amorosa de levantarse alborozado. Sentábase apenas en el sofá y tirando perezosamente el cigarro de la boca ¡Viva mi flor! decía. Y un aire de superioridad cuando hablaba y una manera de decir "tu no entiendes nada de eso."

Llegó á tener palabras crudas y gestos brutales y Luisa comenzó á desconfiar de que Basilio la quisiese y á creer que apenas la deseaba, al principio lloró, resolvió tener una explicación con él y romper si fuera necesario, pero ¡oh Dios! no sé atrevía. La figura de Basilio, su voz y su gesto la dominaban y tenía miedo de perturbar su tranquilidad con quejas, porque estaba convencida de que aun la adoraba ó que le daba el deseo tanta excitación, que redundaba en perjuicio del sentimiento. Gozaba tanto, porque le amaba mucho, y su honestidad natural y sus pudores, refugiábanse en raciocinio sutil. El tenía muchas veces, aspereza de maneras, cierto tono de indiferencia, cierto; pero en otros momentos ¡cuánta ternura, qué conmoción en la voz, qué frenesí en las caricias! Amaba también, no cabía duda; aquella certeza, era su justificación. Y como era el amor el que la producía, no se avergonzaba de los alborozos voluptuosos con que iba todos los días al *Paratso*. Dos ó tres veces al volver, había

encontrado á Juliana que subía también muy de prisa por el Molino de Viento.

—¿De dónde venía usted?—preguntó en casa.

—De ver al médico mi señora, de ver al médico. Quejábase de punzadas, de palpitaciones, de falta de aire.

Flato, flato.

Efectivamente; Juliana hacía el arreglo de la casa por la mañana; después, apenas Luisa á la una doblaba la esquina, muy recompuesta con su vestido de merino, su sombrero y su sombrilla, iba á decir á Juana:

—Voy á ver al médico.

—Hasta luego señora Juliana,—decía la cocinera, é iba á hacer las señales convenidas á su carpintero.

Juliana descendía por San Pedro de Alcántara y tomando el paseo del Carmo, iba á un callejón enfrente del cuartel; allí vivía en un tercer piso su íntima amiga, la tía Victoria. Era una vieja que fué acomodadora de criadas; aun tenía en la puerta una placa de metal con letras negras que decía: *Victoria Suarez. acomodadora.*

Primo Basilio—16

En estos últimos años, su industria se hizo más tortuosa. Ejercíala en una salita esterada, con mosquiteras de papel, pendientes del techo, alumbrada por dos ventanillas estrechas. Un vasto sofá, ocupaba casi toda la pared del fondo; fué en otro tiempo de reps verde, pero el uso había comido las esquinas y remendado la tela. Ahora presentaba un color indescriptible; los muelles partidos, crujían con estallido melancólico. En uno de sus extremos, dormía todo el día un gato y uno de los brazos de madera en que había una quemadura, revelaba que se había salvado milagrosamente de un incendio. Sobre el sofá, colgaba una litografía de Don Pedro IV. Entre las dos ventanas, había una cómoda alta y encima, entre un San Antonio y un cofrecillo hecho de conchas, un mico empajado, con ojos de vidrio, hacía equilibrios sobre una rama de árbol. Al entrar se veía desde luego junto á la ventana contigua á la puerta, arrimada á una mesa cubierta de hule, una espalda delgada y curva, y un gorrito de seda con una borla pendiente: era el señor Gouvêa, el memorialista.

En la atmósfera, se advertía un olor indefinido que participaba del aroma de plantas balsámicas cocidas, de grasa y guisado. Siempre había gente: gruesas matronas de amplios pañuelos y rostro regordete; cocheros con el cabello muy peinado y lustroso de aceite; criaditas de ojeras y faz amarilla, sombrilla de cabo de hueso y anillos en los dedos. Enfrente de la sala, se abría un cuarto á través de cuya cortina verde se veían á veces desaparecer rostros respetables de propietarias ó colas ruidosas de vestidos de seda. En ocasiones, los sábados juntábanse cinco ó seis personas viejas que hablaban bajo, con gesto misterioso; muchachitos que de improviso rompían á llorar, y el impasible señor Gou-

vêa escribía en sus registros echando á un lado, con melancólicos movimientos, salivazos. La tía Victoria, entre tanto, con su toca de merino negro y un vestido rojo, iba y venía, gesticulaba, hacía sonar el dinero, sacando á cada momento de la faltriquera pastillas para el catarro, que tomaba con delectación. La tía Victoria, era una mujer utilísima para sus clientes: prestaba dinero á los que lo necesitaban, guardaba las economías de los pobres, hacía escribir por medio del señor Gouvêa, las correspondencias amorosas á las criadas que no habían ido á la escuela; revendía vestidos; empeñaba levitas, agenciaba colocaciones, recibía confidencias, dirigía intrigas y entendía algo de partos. Jamás un criado despedido, dejaba de subir y bajar muchas veces la escalera de la tía Victoria. Poseía muchas relaciones, infinitas amistades. Solterones maduros, iban á entenderse con ella para que les facilitase una cocinera gordita y joven. Sabía conservar el secreto de muchos agios matrimoniales y se decía de ella que tenía más mañas que pelos. Ultimamente, á pesar de su mucho trabajo, apenas Juliana entraba, levantábase, iban al cuarto reservado, cerraban la puerta, y allí tenían sesión para media hora y Juliana salía siempre roja, con los ojos encendidos, feliz. Volvía de prisa á casa y apenas había entrado, decía:

—¿Ha vuelto la señora, Juana?

—Aun no, está en la Encarnación.

—¡Desdichada! Y después, naturalmente, irá á darse su paseito. Hace muy bien en divertirse.

Juana era obtusa y torpe. Además, su pasión puramente animal y física por el carpintero, achicaba el alcance de su espíritu.

Sin embargo, advertía que la señora Juliana estaba muy cariñosa con la señora y se lo dijo un día:

—Ahora, señora Juliana, parece que está usted más amiga de la señora.

—¿Más amiga?

—Sí, quiero decir... más... más..

—Más unida á la señora.

—Sí, más unida.

—Siempre lo estuve. Además, las gentes tienen sus repentinos y sus caprichos. Pero hoy, estoy convencida, Juana, de que en ninguna parte se está mejor que aquí. Es una señora de muy buen genio, sin vanidades insoportables ni caprichos. Doy gracias al cielo de que me haya concedido este descanso y esta felicidad.

La casa, en efecto, tenía un aspecto jovial de felicidad tranquila. Luisa salía todos los días y todo le parecía bien. Nunca se impacientaba. Su antipatía por Juliana parecía haberse disipado y la consideraba una pobre alma de Dios. Juliana tomaba sus calditos, daba sus paseos y gruñía. Juana, mucho más libre que antes, regalábase con su carpintero.

No venían visitas. Doña Felicidad en la Encarnación encubada de árnica; Sebastián estaba en Almada, donde había ido á vigilar las obras: el Consejero había partido para Cintra á dar una fiesta al espíritu, á regocijarse en las maravillas de aquel Eden, como había dicho á Luisa; el señor Julián, el doctor, como le llamaba Juana, trabajaba en su tesis.

Las horas eran regulares. Había siempre gran silencio y gran reposo. Juliana un día en la cocina, impresionada vivamente por aquel recogimiento y por la satisfacción que se respiraba en la casa, exclamó:

—¡Ah, Juana! no se puede estar mejor. La barca va por un mar de rosas. Esto es la felicidad—agregó con una risita extraña.

VII

Por este tiempo, una mañana que Luisa iba hacia el *Paraiso*, vió de repente salir de un portal, poco más adelante del piso de Santa Bárbara, la figura de Ernestillo.

—¡Por aquí prima Luisa!—dijo sorprendido.—¡Por estos barrios! ¿Qué traes por aquí? ¡Vaya un milagro encontrarte en tales calles!

Venía muy encarnado; llevaba recogidas hacia atrás las faldas del gabán y agitaba con excitación un rollo de papeles. Luisa quedó como sobreco-gida. Dijole que venía de hacer una visita á una amiga.

—No la conoces. Acaba de llegar de Oporto.

—¡Ah! Bien, bien.

—Y ¿qué has hecho? ¿Cómo has pasado el tiempo? ¿Cuándo viene Jorge?

Disculpóse luego de no haber ido á verla; pero no tenía un minuto libre de la mañana á la noche, ocupado en los ensayos.

—¿De modo que el drama adelanta?—preguntó Luisa.

—Adelanta.